

# Grandes humanistas de Mesoamérica

Después de veinte años de su primera edición, anunciamos la segunda de este magnífico libro, formado por semblanzas de los personajes que han dejado testimonio o indagado en la vida, el pensamiento y las artes de las culturas de Mesoamérica en el pasado remoto y el presente.

MIGUEL LEÓN-PORTILLA



El título de este libro, pareciendo claro, requiere explicación. Comenzaré con la palabra *Mesoamérica*. Con ella se nombra al área que, en unos tiempos muy extensa y en otros reducida en más de un millón de kilómetros cuadrados, ha sido escenario a través de milenios donde floreció una civilización. Ella provocó asombro en quienes llegando de más allá de las aguas inmensas, la contemplaron, entre ellos Hernán Cortés.

Esa civilización fue originaria porque no surgió debido a la influencia de otra. Ello ocurrió hacia el segundo milenio a. C. Se reconoce que surgió en territorio que hoy es parte de los estados de Veracruz y Tabasco. Desde allí irradió luego hacia el área maya, el altiplano central y el occidente de México, el ámbito de Oaxaca y otras regiones del sur de México y en Centroamérica.

Mesoamérica, en cuanto a gran área cultural, tuvo ciudades, templos, palacios, escuelas y mercados. En ella había sabios y libros —los códices con pinturas y signos glíficos— y florecieron las artes y el saber.

Es verdad que la Conquista dejó a Mesoamérica en peligro de muerte. Sin embargo, muchos rasgos y elementos de la civilización que allí había florecido perduraron en diversos grados. Los descendientes de los mesoamericanos prehispánicos han hecho suyas figuras emblemáticas, entre otras las de la Virgen de Guadalupe y la de Emiliano Zapata. Pertenecen también a los mesoamericanos que viven no sólo en lo que fue la antigua Mesoamérica. Emigrados al norte de México y en muchos lugares de los Estados Unidos, desde el suroeste hasta Chicago y Nueva York.

Al hablar en este libro de los humanistas de Mesoamérica, atenderemos a quienes, de diversas formas, han dedicado mucho de sus vidas, pensamiento y acción al conocimiento principalmente de los antiguos mesoamericanos, pero también a sus descendientes, los millones de mujeres y hombres que viven manteniendo elementos importantes de su legado cultural. Entre otros, conservan sus lenguas, los ingredientes básicos en su alimentación y se distinguen por su modo de ser.

Esos millones conviven con la mayoría de la población mexicana sin que pueda trazarse una separación entre unos y otros. Puede decirse que la mayoría de la población de México, Guatemala, El Salvador, Honduras y parte de Nicaragua y Costa Rica a la vez que ha asimilado mucho de la moderna cultura europea conserva en su ser no pocos rasgos de origen mesoamericano.

Ahora bien, los humanistas de Mesoamérica no necesariamente son personas nacidas en ella sino, como ya se dijo, hombres y mujeres que, acercándose a la cultura de raíces originarias, la que existió a través de milenios y asimismo a la presencia viviente de quienes hoy mantienen rasgos de esa civilización, atraídos por ello, se acercan e investigan. Nos revelan elementos de lo que fue y, en algunos casos, se interesan también por la situación de los que llaman indígenas, es decir, los más auténticos, descendientes de los mesoamericanos prehispánicos. Y al interesarse por ellos en algunos casos tratan de colaborar con éstos, teniendo como meta su mejoramiento y bienestar.

Quienes así obran son humanistas de Mesoamérica. Y puede afirmarse que, desde el siglo XVI los ha habido y hoy, quizás más que nunca, los hay.

Por necesidad habré de limitarme en este libro a evocar sólo a algunos. La intención es expres-

arles reconocimiento e invitar a otros, mujeres y hombres, a formar parte de quienes merecen el título de humanista de Mesoamérica. Como puede verse, este libro se publica no sólo para hacer recordación de ellos. El propósito, yendo mucho más allá, comprende mantener la participación en el rescate, conocimiento y colaboración. Sea ésta una invitación.

## ¿Quiénes son los que se recuerdan aquí?

Mesoamérica ha atraído la atención de humanistas mexicanos y extranjeros. Esa atracción se despertó desde muy poco después de que ocurrió el encuentro de dos mundos. A partir de entonces las noticias que de esta tierra llegaron a Europa despertaron asombro.

Así, entre otros, el maestro de la pintura y el grabado, el alemán Albrecht Dürer escribió en su diario en la fecha tan temprana de 1519: que nada había alegrado tanto su corazón como el conjunto de creaciones que Hernán Cortés había enviado a Carlos V, entre las que había objetos que le parecieron admirables. Y otro tanto expresaron varios humanistas europeos como el cronista Pedro Mártir de Anglería en sus *Décadas del nuevo mundo*, para sólo citar a dos de los muchos que podrían aducirse.<sup>1</sup>

Pero si esos humanistas expresaron grandes elogios con sólo haber contemplado algunas pocas creaciones de los pueblos de Mesoamérica, hubo muchos otros que desde el mismo siglo XVI y aún desde antes, hasta llegar a nuestros días, tras ex-

1 Albrecht Dürer, "Tagebuch der Reise in die Niederlande, Anno 1520", en *Albrecht Dürer in seinen Briefen und Tagebüchern*, compilado por Ulrich Peters, Moritz Diesterweg, Fráncfort del Meno, 1925, pp. 24-27.

perimentar una gran pasión por conocer la grandeza histórica y cultural de Mesoamérica, han dedicado sus vidas a darla a conocer.

En este libro, que es continuación y ampliación de otro que el mismo Fondo de Cultura Económica publicó en el año 2000, se reúnen con aquellos humanistas cuyo recuerdo estuvo allí incluido, otros varios que bien lo merecen. En esa primera edición el elenco se inició con la evocación del sabio señor Nezahualcōyotl (1402-1472), poeta y gobernante de Tezcoco que habló de lo que era suyo y que, como otros muchos sabios indígenas, nos dejó el recuerdo de sus palabras. Ellas iluminan lo que hoy con nuestros propios ojos podemos contemplar del mundo prehispánico de Mesoamérica: sus templos y palacios, esculturas, pinturas y otras muchas creaciones.

Otros varios maestros indígenas de la palabra podrían presentarse aquí. Me concentro en Nezahualcōyotl como un símbolo, ya que en otros libros, como *Quince poetas del mundo náhuatl*, los he presentado reuniendo ahí las palabras que nos dejaron dichas.

Opto por añadir aquí testimonios sobre las aportaciones de otros también nahuas, uno es Antonio Valeriano de Azcapotzalco, nacido antes de la llegada de los españoles y luego, siendo joven, colaborador del gran fray Bernardino de Sahagún en las pesquisas que nos revelaron no poco de la grandeza cultural de Mesoamérica prehispánica. A Valeriano debemos además composiciones en su lengua materna, de gran belleza, y asimismo textos que escribió en latín que había aprendido en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco.

Además de Antonio Valeriano evocaré también a Fernando Alvarado Tezozómoc, de la nobleza mexicana, que nos dejó dos importantes crónicas sobre el pasado prehispánico de su pueblo. Y otro tanto puede decirse de Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, oriundo de la región de Chalco-Amecameca, a quien debemos sus *Diferentes historias originales* y otros textos en náhuatl. Contemporáneo de éste fue don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, al que también acudimos; alcanzó a trazar imágenes de sus ancestros y de la historia y cultura del reino de Tezcoco.

Muy diferentes pero a la vez afines fueron los españoles Vasco de Quiroga y Sebastián Ramírez de Fuenleal. Éste tenía amplia experiencia en el trato con gentes derrotadas por los españoles, cuál era el caso de los árabes después de la toma de Granada. Enviado a México, fue nombrado presidente de la Segunda Audiencia, es decir, del cuerpo colegiado con funciones jurídicas y de gobierno. Vino él a sustituir a Nuño Beltrán de Guzmán, que había cometido crímenes y toda suerte de desmanes. Pronto se interesó por la suerte de los vencidos y asumió su defensa. También se interesó por conocer lo tocante a las realidades naturales y culturales de México, entre otras cosas preparó una descripción geográfica de la región central y asimismo de las realidades culturales del país. Gracias en buena parte a él se fundó el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. A él acudieron centenares de jóvenes nahuas que estudiaron ahí las materias propias de las humanidades y asimismo recibieron lecciones de medicina. Hombre en verdad benemérito, su memoria ha quedado semiolvidada siendo acreedor de reconocimiento.

A su vez, don Vasco de Quiroga, "Tata Vasco", que por su pensamiento y obras ha sido ampliamente reconocido, fue a todas luces un humanista con experiencia de jurista que actuó en España en defensa de quienes lo requerían; llegó como oidor a México y colaboró con Ramírez de Fuenleal.

Con su acción logró la supresión de la esclavitud de indígenas y, poco después, la fundación de los "pueblos-hospitales" de Santa Fe. Fueron ellos centros creados para la defensa y apoyo de los pueblos indígenas. Allí Tata Vasco se esforzó por introducir una forma de organización social y política de carácter cristiano. Su inspiración se originó en la *Utopía* de Tomas Moro. El recuerdo de Tata Vasco perdura hasta hoy en muchos lugares de la que fue su diócesis en Michoacán.

Fray Bernardino de Sahagún, franciscano que se había formado en la célebre Universidad de Salamanca y que llegó a México en 1529. A él con razón se le atribuye la invención del método de investigación antropológica en el Nuevo Mundo y la obtención de numerosos testimonios acerca de la cultura de los pueblos de la región central de México en una visión integral. El conjunto de las obras de Sahagún, fruto de sus pesquisas a lo largo de muchos años, es una de las principales fuentes para

conocer la historia antigua de México. La UNESCO ha declarado en 2015 que sus obras pertenecen a la memoria del mundo.

Asimismo ocupa aquí un lugar el español Francisco Cervantes de Salazar que, siguiendo las huellas de otro gran humanista, Juan Luis Vives, llegó a ser rector en México de la recién creada Universidad. A él debemos, entre otras cosas, unos diálogos en latín sobre la ciudad de México hacia 1550 y acerca de la que fue primerísima universidad. Escribió también sobre la Conquista de México.

A esos humanistas sumo ahora la figura de Alonso de Molina, autor del primer vocabulario de la lengua náhuatl, aportación pionera en la lexicografía del continente americano. Fue también autor de una gramática de la misma lengua y de otros textos de considerable interés.

Otro humanista que se suma a los presentados aquí es fray Bartolomé de las Casas, varón eximio que dedicó su vida a la defensa de los indígenas y nos dejó obras importantes como la *Historia de las Indias* y su apologetica historia sumaria en la que pasa revista a las grandes creaciones culturales de los pueblos indígenas.

Otro defensor de los indios, jurista, filósofo y teólogo fue fray Alonso de la Vera Cruz. Maestro en el Colegio de Tiripetío en Michoacán, tuvo discípulos indígenas como don Antonio Huitziméngari. Maestro en la recién creada Universidad de México, escribió tratados en defensa de los derechos de los pueblos naturales. Fue un genuino humanista de Mesoamérica.

Don Carlos de Sigüenza y Góngora es personaje cuya vida se desarrolló durante la segunda mitad del siglo XVII. Admiró profundamente la antigua cultura de Mesoamérica y escribió acerca de ella. Fue un auténtico científico que polemizó con éxito con sabios del Viejo Mundo. Heredó y enriqueció la colección de códices y otros documentos recogidos por don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl.

Ya en el siglo XVIII ocupa lugar muy importante el italiano Lorenzo Boturini; llegado a México a mediados de ese siglo, reunió un gran caudal de textos literarios e históricos en náhuatl, varios de ellos relacionados con las colecciones formadas por Alva Ixtlilxóchitl y luego por Sigüenza y Góngora. Su vida, una verdadera aventura, se tradujo a la postre en el legado de la copiosa documentación que alcanzó a reunir.

El elenco de los humanistas que aquí reúno comprende además al jesuita exiliado en Italia, en el siglo XVIII, Francisco Xavier Clavigero. A él debemos su *Historia antigua de México* en la que reveló al mundo la trayectoria cultural del pasado prehispánico contemplado a la luz de un enfoque clásico que confirió a su obra la razón de su perdurabilidad hasta el presente.

#### Humanistas más cercanos a nosotros

Uno es Manuel Orozco y Berra, que en el siglo XIX hizo grandes aportaciones, tanto en el campo de la lingüística mesoamericana como en los de la historia y la geografía. Sus obras después de siglo y medio de publicadas mantienen interés permanente.

En los siglos XIX y XX la serie de los humanistas de Mesoamérica se incrementó grandemente. Aquí nos fijaremos en algunos. Ángel María Garibay (1892-1967), hombre conocedor de las lenguas clásicas: griego, latín y hebreo, se adentró también en el otomí y el náhuatl. A la literatura producida en esta última lengua dedicó gran atención. Entre sus varios libros sobresale *Historia de la literatura náhuatl* en dos grandes volúmenes. Con ella se abrió una gran puerta para ingresar al conocimiento de este legado de cultura.

Otro humanista que vivió buena parte del siglo XX es Manuel Gamio (1873-1960). Fue arqueólogo, etnólogo, historiador y antropólogo en el sentido más amplio de la palabra. A él debemos trabajos tan célebres como *La población del Valle de Teotihuacán* y su actuación al frente del Instituto Indigenista Interamericano.

A esta pléyade de varones podrían añadirse los nombres de otro buen número. En este libro daré entrada a un paradójico y controvertido José Vasconcelos. Apoyó él la obra pictórica de contenido indigenista de Diego Rivera. Soñó con la raza cósmica y vio en los indígenas un estorbo. Entra aquí porque, a pesar de sí mismo, propició la pintura mural de tema indígena. Y la obra que apoyó con miles de efígies de indígenas quedó para siempre en la conciencia de México. A él, así como a Manuel Gamio, a Ángel María Garibay, a Alfonso Caso, a Alfonso Villa Rojas, a Rosario Castellanos y a Beatriz de la Fuente los traté personalmente y de ello

ofrezco recuerdos por testimonios. Alfonso Caso (1896-1970) a partir de sus estudios de derecho y filosofía se sintió más tarde atraído por conocer el significado de las inscripciones en las estelas prehispánicas de la zona arqueológica de Monte Albán, Oaxaca. Investigó con gran acuciosidad en esa y otras zonas arqueológicas. Descifró el contenido de varios códices tanto mixtecos como del Altiplano central de México.

Su actividad fue más allá. Participó en la creación del Instituto Nacional de Antropología e Historia y fundó el Instituto Nacional Indigenista. Desde él irradió varias formas de acción en favor de los pueblos indígenas contemporáneos. A él se debe la organización de los Centros Coordinadores Indigenistas desde los cuales se atendían aspectos comunitarios en la educación, atención hospitalaria, comunicaciones y otros. Fue un hombre de pensamiento y acción.

Colaborador durante varios años de Alfonso Caso, Alfonso Villa Rojas (1906-1998) se distinguió como etnólogo e indigenista. De origen maya y profesión inicial maestro normalista, gracias al apoyo que le ofrecieron algunos antropólogos norteamericanos estudió en la Universidad de Chicago y trabajó luego investigando sobre la cultura de varios grupos, entre ellos los mayas de Quintana Roo, los tzeltales, tzotziles y lacandones de Chiapas, así como los mazatecos de Oaxaca. Publicó obras tanto en español como en inglés. Además de trabajar en el Instituto Nacional Indigenista, laboró en el Interamericano y en la UNAM. En él reconocemos un auténtico humanista de Mesoamérica.

Mencionaré al menos a una mujer de excelsa espiritualidad, Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695), considerada como la Décima Musa. Fue ella autora de una poesía que sigue causando asombro, entre la que incluyó algunas composiciones en náhuatl. Al lado de los varones antes mencionados, es ella presencia imborrable de un humanismo al que cautivó Mesoamérica de la que derivó en gran parte su inspiración.

Otro buen número de mujeres deberían incluirse entre quienes dedicaron sus vidas a conocer y dar a conocer aspectos de las culturas que florecieron en Mesoamérica. Sin embargo, la marginación de género que imperó por largo tiempo ha sido obstáculo insalvable.

Aquí al menos recordaré a dos mesoamericanistas insignes del género femenino: Rosario Castellanos (1925-1974) y Beatriz de la Fuente (1929-2005). Ambas dedicaron gran parte de su existencia durante el siglo XX a tareas que las hacen acreedoras a recordación y valoración de sus grandes méritos.

Rosario Castellanos, de estirpe chiapaneca, además de haber escrito novelas de tema indígena, trabajó en Chiapas al lado de tzotziles y tzeltales. Una muestra de su actividad la ofrece el "Teatro Petul", acercamiento cultural que cautivó a miles de indígenas. Embajadora de México en Israel, ahí murió dejándonos contribuciones perdurables en relación con los pueblos originarios.

Por su parte, Beatriz de la Fuente en tiempos más recientes se concentró en el arte mesoamericano. Entre sus obras, sacadas a luz por la UNAM, sobresalen sus estudios sobre la escultura olmeca y huasteca así como, sobre todo, su magno proyecto en torno a la pintura mural prehispánica. Alcanzó ella a publicar, junto con el equipo de investigadores que organizó, varios volúmenes sobre pintura teotihuacana, así como de Monte Albán en Oaxaca, de Cacaxtla en Tlaxcala y otras. Y cabe añadir que su magno proyecto continúa guiado por una discípula suya, María Teresa Uriarte, también de la UNAM.

Añadiré sólo que las figuras y las obras de quienes evoco en este libro han sido en distintos modos motivo de admiración y modelo para mi propia verdad. Experimento profunda admiración por tan extraordinarios humanistas. Sus vidas, pensamiento y obras son, como dice un texto en náhuatl, "luz de gruesa antorcha que no ahuma..." Evocarlos es acercarlos a las nuevas generaciones que podrán enriquecerse culturalmente con sus aportaciones. Bien puede decirse que con su saber se fortalece nuestro existir en la tierra. •

Miguel León-Portilla  
*Investigador emérito de la UNAM  
y miembro de El Colegio Nacional*